

BECQUER EN VERUELA JULIO DE 1864

Como destello en la superficie del agua desabrida
que sus manos todavía no tocaron
inclinado ante la monacal y espeluznante
palangana golpeada floreada
cree que aún le persiguen las imágenes
del sueño bruscamente interrumpido
y ve el perfil la sonrisa dios los gestos
de una mujer increíblemente bella
que no es Casta ni Julia ni tampoco Elisa
ni la otra la sin nombre la señora
a la que algunos llaman con rencor soriano
la dama rica de Valladolid.

Extraños son pero no incomprensibles los delirios
de un poeta con duelo y desamor
porque el rostro que está en el agua quieta
es el de Dorotea la muchacha bonita
sobrina por más señas del cura mosén Gil
con sus ojos chispeantes divertidos
que habla y habla deprisa cuenta historias fantásticas
de aquellarres y sangre y sacrilegios
entre fornicaciones de grito y dentellada
que practica en las noches sin luna
con el mismísimo diablo sobre la hierba húmeda
del miserable pueblo de Trasmuz.

Mejor no continuar: sus dedos al fin rompen
la superficie tersa del espanto
lava aparta las huellas de tos y de fatiga
hemoptisis y fiebre de horas altas
mientras aún sigue oyendo la risa de las brujas
mezclarse con el llanto de su hijo
y en su cabeza bullen enanos escribientes endriagos
con furor de velocípedo que registran ensueños
milagrereros para la Carta Octava
que ha de salir mañana hacia Madrid.

La toalla en los hombros se mira se contempla con miedo
-nada existe peor que estos instantes-
en el pequeño espejo de marco amarillento anaranjado
que alguien clavó en la jamba del postigo
amaña gestos firmes se palpa las mejillas
se pellizca con rabia ah el color
hay que seguir más vale esto sin duda que el empleo
de fiscal de novelas no no quiere
eso nunca no desfallecerá no hay rendición
es verano y el día está hermosísimo.